



BOLETÍN ECLESIAÍSTICO

DEL

OBISPADO DE SALAMANCA

SUMARIO

- I. Pastoral cuaresmal del Rmo. Prelado.—II. Felicitación á Su Santidad el Papa.—III. Sobre la fiesta de Santo Tomás de Aquino: comunicaciones del Prelado y la Universidad de Salamanca.—IV. Bibliografía.—V. Necrología.

NOS DON FRAY TOMÁS CÁMARA Y CASTRO,

DEL ORDEN DE SAN AGUSTÍN, MAESTRO EN SAGRADA TEOLOGÍA, POR LA GRACIA DE DIOS Y LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE SALAMANCA, SENADOR DEL REINO, INDIVIDUO CORRESPONDIENTE DE LAS REALES ACADEMIAS DE LA LENGUA, DE LA HISTORIA Y DE LA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO, ETC., ETC.

A nuestro Venerable Dean y Cabildo, al respetable Clero y Comunidades Religiosas y á todos nuestros amadísimos diocesanos, salud y paz en nuestro Señor Jesucristo.

Surgite, orate.

(Luc. XXII, 46.)

AMADÍSIMOS DIOCESANOS:

Entrados en el tiempo santo de la cuaresma, días de salud y restauración de las almas, tiempo aceptable, el más adecuado para adelantar en el camino de la perfec-

ción, os prestaréis benévolo á escuchar la palabra pastoral. Mas ¿qué palabra será más oportuna en medio de tantas y pertinaces desventuras como nos rodean? Queridos diocesanos, entiendo que la de exhortaros vivamente á levantar vuestro corazón á Dios y suplicarle fervorosos que se compadezca de nosotros, según la gran misericordia que invocaba David. Así nos lo enseña el Espíritu Santo por boca del Santiago: *¿se halla afligido alguno de vosotros? conságrese á la oración* (1). Y en los momentos precursores de la pasión de Cristo, amenazada la Iglesia de la fiereza de sus enemigos, Jesús se levanta de su oración angustiada del huerto para visitar á sus apóstoles y les exhorta diciendo: *Surgite, orate*. Despertad de ese letargo de tristeza y abatimiento, orad; que en la oración descubriréis el escudo de vuestra fortaleza y la seguridad de la victoria.

¡Oh, si esta sociedad desatinada acertara á postrarse ante los altares de Dios vivo, y orara y suplicara el remedio para su descreimiento y torpeza!....

Amados hijos en Jesucristo; nosotros en quienes arde la llama de la fé, oremos humildes. Y escuchad á este propósito, algo de lo abundante y enaltecido que puede predicarse de la oración, tomado de los libros santos y los grandes Doctores de la Iglesia Católica.

I

Excelencias de la oración

Vive el justo de la fé (2). Por ella, colocado en el teatro del mundo, conoce su procedencia, vislumbra sus destinos

(1) Jac. V, 13.

(2) Ad Rom. I-17.

y endereza sus pasos, camino de la inmortalidad y la gloria. Bañada la frente del hombre por esa luz vivificante, y viendo por sus resplandores las obras y presencia de Dios, el primer impulso que ha de sentir es de adorar á su Criador y ofrecerse á su honor y servicio. Es decir, que el primer paso en la vida del justo, será la oración.

La oración, etimológicamente considerada, advierte Casiodoro, es la razón de la palabra: *oratio, quasi oris ratio* (1); la palabra razonada, el decir discreto y como acertado, justo y conveniente. Amplio es este sentido de la oración, que se confunde con el de discurso ó razonamiento.

Orar tiene acepción más restrictiva y piadosa. Orar es *un vuelo del alma hácia Dios*, enseña el Damasceno; y también *la súplica á Dios de las cosas convenientes*; y enlazando ambas ideas, diremos con nuestro Catecismo: *orar es levantar el corazón á Dios y pedirle mercedes*.

La oración es, por consiguiente, preeminente ejercicio y nobilísima práctica de la virtud de la religión, por la cual prestamos á la Divinidad el homenaje de honor y reverencia que le debemos; *oratio praeeminet aliis actibus religionis* (2).

Comienza el símbolo de su fé el creyente, diciendo: *Creo en Dios todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra...* y las rodillas se le doblan instintivamente, para que, mientras aparece derribado, su espíritu se alce, en alas de la fé, hasta el trono de Dios y se una á El en pensamiento y en abrasado afecto de caridad. Vuelo del alma hácia Dios, subida de la mente á Dios, pensar en Dios es siempre oración: la oración es el lazo que une al hom-

(1) Apud D. Thom. *Summa Theolog.*, 2.^a 2.^{ae}, q. 83, art. 1.^o

(2) *Summa Theolog.*, loc. cit., art. 3.^o

bre con su Criador, es la relación primera de amistad y estima con el Eterno, es la aspiración á lo alto y noble, es el raptó sublime hácia el centro de las almas. Orar es ponerse al habla con el cielo, es enaltecerse en amistosas relaciones con los ángeles, es participar de los secretos y conversación de la gloria. El hombre que ora, aparece superior á todas las flaquezas, adversidades y pesadumbres de la tierra; impone silencio, recogimiento y respeto á sus semejantes; y no se ofrece duda, como su pensamiento y conversación están en los cielos, los ángeles invisibles forman su cortejo y acompañamiento. ¡Qué grande y noble es el hombre que ora! ¡Qué dichoso, además, que dió con el manantial escondido de la bienaventuranza!

«La oración del humilde traspasará las nubes y no descansará hasta llegar al Altísimo, del cual no se apartará hasta tanto que incline los ojos hacia él» (1).

«Bien puede el hombre ponderar su dicha, exclama el Crisóstomo, no menos que la alteza de su gloria, al concedérsele entablar conversación con Dios por medio de las oraciones, mezclar sus coloquios con Cristo, suplicar lo que quiera, representar y pedir cuanto apetezca» (2).

Incomparable es el mérito de la oración. El culto y servicio de Dios, ramillete de varias virtudes que concurren á esmaltar la religión, y que traen su nacimiento y vida de la reina de ellas, la caridad, al decir Santo Tomás de Aquino. Robustece la gracia santificante, vigoriza todas las potencias para entender y estimar las cosas espirituales, aficiona y estimula al sacrificio y toda obra heroica, aumentando y abillantando los grados de gloria.

(1) Eccli. XXXV, 21.

(2) En la citada *Summa* 2.^a 2.^{ae} q. 83.—3. (*Homilia* 30 in *Genesim a medio*).

Cedamos la palabra al elocuente Fr. Luis de Granada:

«La oración es una pascua del alma, unos deleites y abrazos con Dios; un beso de paz entre el Esposo y la Esposa; un sábado espiritual en que Dios huelga con ella, y una casa de solar en el monte Líbano donde el verdadero Salomón tiene todos sus deleites con los hijos de los hombres. Ella es un reparo saludable de los defectos de cada día, y un espejo limpio en que se conoce Dios en toda su grandeza, y se conoce el hombre con todos sus defectos y miserias. Ella es un ejercicio cotidiano de muchas virtudes, mortificaciones de los apetitos sensuales y fuente de todos los buenos propósitos y deseos. Ella es la leche de los que comienzan, manjar de los que aprovechan, puerto de los que peligran y reposo de los que triunfan. Ella es la medicina de los enfermos, la alegría de los tristes, fortaleza de los flacos, remedio de pecadores, regalo de justos, ayuda de vivos, sufragio de muertos y común socorro de toda la Iglesia. Ella es una puerta real para entrar en el corazón de Dios, unas primicias de la gloria venidera, un maná que contiene en sí toda suavidad y una escalera como aquella que vió Jacob, que llegaba de la tierra al cielo, por donde los ángeles, que son los varones espirituales, suben y bajan, llevando sus peticiones á Dios y trayendo por medio de ellas el despacho de sus negocios» (1).

Aquel perseguidor de la Iglesia naciente, que no contento con aprisionar hombres y mujeres en Jerusalén, y maltratarlos hasta hacerlos prevaricar, sacó cartas de los Príncipes de la Sinagoga para los rabinos de Damasco, el *lobo rapaz*, trocado repentinamente por la visión de Jesu-

(1) Fr. Luis de Granada en su libro de la *Oración y Meditación*, parte 3.^a, tratado 1.^o

cristo en el camino de Damasco... conquistó las alegrías de los cielos postrándose á orar. Al manifestar el Señor á Ananías, su ministro, le fuese á bautizar, no le indica otra razón, como señal del cambio maravilloso operado en el alma de Saulo: *ecce enim orat*. Ese lobo robador de quien tú temes, *está orando*; ya es cordero manso, ya está rendido á mi voluntad, ya se halla al abrigo del puerto de salvación; *ecce enim orat*.

Igualmente que acaeció al publicano del Evangelio, que oró con humildad y confianza. Para Dios, con orar de veras, tenemos alcanzado todo triunfo.

II

Necesidad de la oración

Tiene el Señor establecida la ley de que el hombre obtenga su desarrollo y perfeccionamiento, y, en definitiva su eterno destino, recibiendo de la fuente y principio de su vida, que es Dios, y por medio de la oración, ayudas y mantenimientos incesantes.

Es mandato, que ennoblece al hombre, estréchale á vivir ordenado y correcto, con elevación de miras y el resp'andor de la justicia en su frente.

Así que nada más recomendado en las páginas inspiradas que la oración. Aplíquese atento oído á los siguientes avisos de la Sagrada Escritura:

«Conviene orar siempre, sin desfallecer». (Luc. XVIII 1).

«Orad sin intermisión». (I Thesal. V 17).

«Vigilad, pues, orando en todo tiempo». (Luc. XXI, 36).

«Vigilad y orad, para no caer en la tentación». (Math. XXVI-41, Marc. XIV-38).

Pedid y recibiréis, buscad y encontraréis, llamad y abridos han». (Mat. VII-7.—Luc. XI 9).

Nada más claro é insinuante; no hay forma de eludir un precepto en tan diversas maneras formulado. Fuerza es orar; pero con complacencia y amor, como quien se considera en ello honrado y favorecido.

Y es bien clara la razón por que el hombre ha de elevar sus pensamientos hacia su principio y fin, que es Dios.

Porque, además, es de gratitud y justicia reconocer á nuestro Criador como dispensador universal de todos los bienes; y se ve estrechado por la más dura necesidad quien nace hijo de ira, repleto de miserias, rodeado luego de enemigos, en perpétua lucha y con la imaginación loca y la carne traidora y un mundo de ilusiones, que no hay otro arbitrio más que exclamar con San Pedro, al hundirse entre unas aguas antes consolidadas: «Salvadnos, Señor, que perecemos» (1).

Fuera el hombre inocente, rectísimo y potentado; y los deberes de la religión, el agradecimiento, la amistad y el amor le impulsarían á elevar su pensamiento y corazón á Dios orando: ¿á qué no estará obligado el hombre degenerado y culpable, «inclinado al mal desde la adolescencia» (2), con la lucha encendida entre la carne y el espíritu, y el estímulo perverso de la concupiscencia empujándole continuamente á la sensualidad?

Siendo, pues, ineludible la oración, cumple conocer su grado de necesidad.

Ya hemos reparado en las instancias de los testimonios de la Sagrada Escritura, para que oremos incesantemente, sin intermisión. Claro es que no se han de entender estos

(1) Math. VIII, 25.

(2) Gen. VIII-25.

documentos según la letra que mata, sino en sentido moral y realizable.

Resuelve este punto Santo Tomás en un artículo, donde se pregunta: ¿debe ser la oración prolongada?

Y á la vista de los textos citados de San Lucas y San Pablo, de que *conviene siempre orar y no desfallecer*, ú *orar sin tregua*, advierte que de dos maneras podemos considerar á la oración: en su causa y en sí misma. La causa engendradora de la oración es el deseo de la caridad, el cual deseo debe ser en nosotros continuo, á lo menos, virtualmente; conviene á saber, que actuado una vez, persevera en virtud del acto ó expresión ejercidos, como continúa volando la piedra que una vez se lanzó á los aires por el primer impulso de la mano. Por lo cual robustece su dictamen con el testimonio de San Agustín, que enseña: *En la fé y la esperanza y la caridad, por el deseo continuo, estamos orando incesantemente*. Quiere decir, que dedicando la criatura su persona y obras al Señor, en cualquier ejercicio de virtud que practique, ó profesión propia que desempeñe, y justo desahogo y esparcimiento que tome, se halle ocupada en cierto linaje de continua oración.

Pero la oración considerada en sí misma, no puede ser asidua, porque conviene ocuparse en otras tareas.

Y bien; no pudiendo ser continua, ¿en qué manera ha de ser frecuente ó prolongada? El Angélico Doctor responde: «La cantidad de cada cosa debe ser proporcionada al fin, como la cantidad de la poción ó bebida á la salud. Por lo que conveniente es que tanto dure la oración, cuanto es útil para excitar el fervor del interior deseo; mas cuando excede esta medida, en forma que no puede prolongarse sin tedio, no se ha de alargar más la oración.... De donde en la oración particular se ha de medir el tiempo con relación á la intención ó fijeza del orador, como en la

oración común ha de atenderse á la devoción relativa del pueblo á su espíritu y fuerzas. San Agustín «recordaba la voz general de que los monjes del Egipto celebraban oraciones frecuentes, pero brevísimas, y, en cierto modo, arrebatadamente arrojadas (1); á fin de que la oración vigilante, que tan necesaria es para el que ora, no se desvaneciera en el largo espacio amortiguándose la atención; por lo cual, harto manifestaban ellos que, así como no debe debilitarse la atención, cuando no se sufre más, así cuando dura y permanece, no ha de cortarse repentinamente».

Nada más precisan y determinan tan discretísimos doctores.

De donde, si se trata de concretar la frecuencia con que el cristiano debe orar *bajo precepto grave*, no se hallan de acuerdo los teólogos, señalando varios el tiempo de un mes y alargándose otros á bastante mayor espacio.

Cierto, que por razones indirectas, nadie habrá que no ore más frecuentemente, por ejemplo, al tiempo de recibir los sacramentos, al oír misa, ó hallarse tentado ó en arriesgados trances y peligros, que de suyo reclaman la obligación de la plegaria.

Pero todos los teólogos, aun los más prudentes y recatados en imponer obligaciones de precepto, compactos en estrecho haz, aconsejan á una voz y recomiendan con sumo interés la frecuencia posible de la oración.

(1) *Raptim quodam modo jaculatas*: de donde pudo derivarse el título de *jaculatorias*.—Art. XIV.

III

Condiciones de la oración

La oración es infalible, esto es, alcanza cuanto pretende; porque lleva de garantía la indefectible palabra de Jesucristo, que nos ha dicho y prometido: *pedid y recibiréis*. Si bien es de considerar el aviso de Santiago á los disipados, á quienes amonesta: *vosotros no recibis, porque pedis mal* (1). Menester es, por tanto, para que nuestras preces consigan su pretensión, orar bien, como es de común sentido, orar con las debidas condiciones.

Diremos, siguiendo las huellas del Doctor angélico, que la oración goza de dos cualidades; la oración es meritoria de suyo, porque es acción buena, es acto de la virtud de la religión; y además la oración tiene el mérito de ser eficaz, de alcanzar lo que solicita.

Para que la oración sea meritoria para el cielo, se alcanza á todo cristiano que ha de ser hecha con devoción, acompañada de la fe y de la humildad. «Pida, pues, con fe, no titubeando nada» (2).

«Dios resiste á los soberbios; pero á los humildes les otorga su gracia» (3).

Lamentándose el Señor de Israel, decía por el profeta: «Este pueblo me honra con los labios y su corazón está lejos de mí» (4). Y á fin de que la oración sea eficaz, ¿qué condiciones se requieren? Responde Santo Tomás: «Cuatro

(1) Cap. IV, 3.

(2) *Postulet autem in fide nihil haesitans*.—Jac., c. I, 6.

(3) *Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam*. Prov. III, 34.—Pet. V, 5.

(4) I Isai. XXIX, 13.

condiciones, concurriendo las cuales, alcánzase siempre lo que se pide; conviene á saber: pedir para sí mismo, las cosas necesarias para la salvación, piadosa y perseverantemente» (1).

Y expone las razones, en la manera llana, breve y decisiva de su estilo magistral. Señálase condición de la oración *el orar por sí mismo*, no como necesaria para el efecto de merecer, orando; sino como necesaria para la infalibilidad de la súplica, pues acaece que aun rogando pía y perseverantemente y la salvación eterna para otro, no se alcanza á causa del impedimento que pone aquel por quien se ora, según explica San Jerónimo el texto de la Biblia, donde dice el Señor: *Aunque Moisés y Samuel se pongan en mi presencia, no se inclinará mi alma hacia ese pueblo por su mala disposición*» (2).

Las cosas necesarias para la salvación. «El mérito se endereza principalmente para la bienaventuranza; pero la súplica de la oración se extiende á veces directamente á otras cosas. Ahora bien; si la petición que alguien formula por sí mismo, es ajena á la bienaventuranza, no la merece; y hasta puede desmerecer pidiendo el cumplimiento de malos deseos, lo que sería no orar *piadosamente*. Sucede también que lo que se pide no es necesario para la salvación, ni tampoco opuesto. En tal caso, aunque orando bien en esta forma se gane para la vida eterna, sin embargo, no merece alcanzar lo que suplica. Como decía San Agustín: «Quien quiera que suplica fielmente á Dios por las necesidades de esta vida, misericordiosamente es escuchado, y misericordiosamente no es escuchado». Sabe mejor el médico lo que conviene al enfermo que el enfermo mismo.

(1) Art. XV.

(2) Art. VII.

Ahora, suplicando las cosas necesarias para la salvación. . indudablemente recibe lo que pide; pero eso sí, cuando debe recibirlo. *Cosas hay que no se niegan, sino que se diferren para su tiempo oportuno*». (San Agustín).

Lo que cabe impedir no *perseverando* en la oración (1).

Fuerza es, por consiguiente, para lograr los provechos infalibles de la oración acompañarla de las cuatro condiciones demostradas: *orar por sí mismo, las cosas tocantes á nuestra salvación eterna, pia y perseverantemente*.

¿ES IGUALMENTE EFICAZ LA ORACIÓN DEL PECADOR? —La eficacia de la súplica depende, según el mismo Maestro, de la gracia de Dios á quien oramos, y el cual nos induce á orar. Si Dios no oyese al pecador, dice San Agustín, vanamente orase el publicano diciendo: «Señor, sedme propicio á mí pecador». Y San Juan Crisóstomo: «Todo el que pide recibe; esto es, ya sea justo, ó pecador».

Santo Tomás añade: «dos aspectos ofrece el pecador: la *naturaleza* amada por Dios, y la *culpa*, odiada. Ahora, pues, si el pecador orando pide algo como pecador, esto es, según el deseo del pecado, no es oído en ello por Dios, según su misericordia; sólo á veces es oído según la vindicta, permitiendo Dios que el pecador se precipite todavía en mayores pecados. Pues Dios, al decir de San Agustín, *hay cosas que niega propicio y las concede airado*. Pero la oración del pecador, nacida del buen deseo de la naturaleza, la oye Dios, no por justicia, que no merece el pecador, sino de pura misericordia; observadas que sean las cuatro condiciones susodichas, de orar por sí, lo necesario para la salvación, piadosa y perseverante» (2).

(1) Art. XV.

(2) Art. XVI.

¿CÓMO NO ES TAN EFICAZ LA ORACIÓN ROGANDO POR OTROS?— Recomendación es del Espíritu Santo, aconsejándonos por Santiago: *Rogad los unos por los otros, para que os salvéis*. Y podríamos recordar el dicho de San Agustín: «*No nos exhortaría á pedir, si no quisiera conceder*». (Sermo V).

Antes parece más agradable á los ojos de Dios esta oración por ser fruto de la caridad ardiente, según lo explica San Juan Crisóstomo: *La necesidad obliga á orar por sí mismo; mas á rogar por otros mueve la caridad fraterna. Y más grata parece ante Dios la oración recomendada por la caridad, que impuesta por la necesidad*.

Y Santo Tomás: «cierto que la oración hecha por otro no siempre es eficaz, á causa del impedimento de aquel por quien se ora. Mas nada pierde de mérito para el orador, según el testimonio del salmista: *Mi oración volverá á mi seno*. (Ps. 34). Ha de rogarse, pues, por los pecadores para que se conviertan, y por los justos para que perseveren y aprovechen.

Los Apóstoles nos enseñan á pedir los unos por los otros; y así San Pablo escribía á los Romanos: *Ayudadme con vuestras oraciones*. (Ad. Rom. XV). Bien ruega el Apóstol á los menores que oren por él; pues los mínimos resultan grandes al congregarse unánimes, é imposible es que la oración de muchos no sea eficaz» (1).

¿Y ES CONGRUENTE Y EFICAZ LA ORACIÓN EN QUE SE PIDEN COSAS TEMPORALES?—San Agustín sienta como principio: *que es lícito pedir lo que es lícito desear*. Y no se desea indecorosamente la suficiencia de la vida; la cual no se apetece por sí misma, sino por la salud del cuerpo y el de-

(1) Art. VIII.

coro de la persona del hombre, á fin de no ser molesto á aquellos con quienes vive. Se ha de orar, por tanto, para alcanzar esta suficiencia, cuando no se posee; y para conservar-la, cuando ya se disfruta» (1).

«Lícito es apetecer las cosas temporales, no principalmente y constituyéndolas como fin, sino tomándolas como medios con los cuales nos ayudamos, para aspirar á la bienaventuranza, en cuanto por ella se mantiene la vida corporal, y en cuanto orgánicamente nos sirven para los actos de la virtud».

Y no hay que oponer que lo temporal es inferior á lo espiritual y no es cosa de fijarse en ello el ánimo con riesgo de degradarse...

«Inclinándose nuestro ánimo á las cosas temporales, para descansar en ellas tomándolas como término, se deprime con ellas ciertamente; mas cuando las endereza á la bienaventuranza, lejos de rebajarse con las cosas transitorias, se eleva más hacia lo alto» (2).

«Hay también gran fruto en pedir al Señor los bienes temporales, pues en pedirlos protestamos que de su mano lo recibimos todo: no como los infieles idólatras, que á la tierra hacían gracias por sus frutos y al sol por su luz é influencia, no reconociendo ser el que todo lo crió y gobernó un solo Dios Todopoderoso, á cuya voluntad todo lo criado está sujeto, según dice el Profeta David: *Vos, Señor, lo gobernáis todo y ninguna cosa sale de vuestra voluntad*» (3).

(1) *Ista ergo cum habentur ut teneantur, cum non habentur ut habeantur, orandum est.*—Ad Probam, epist. 121. Apud D. Thom. loc. cit.

(2) Santo Tomás, loc. laud., art. VII.

(3) Beato Alonso de Orozco, en su libro *Vergel de Oración y Monte de Contemplación*, cap. X.—De la Perfecta Oración, etc.

IV

Maneras de la oración

Sabe todo fiel cristiano, por el libro elemental de la doctrina, que distinguimos dos maneras de orar, mental y vócal: que la mental se practica por solas las potencias del alma, recordando puntos espirituales, pensándolos y meditándolos, y prorrumpiendo en santos afectos del alma. La vocal se practica con palabras exteriores, cantando ó recitando divinas alabanzas ó plegarias.

Oración vocal ha de ser la oración en común, hecha por los ministros de la Iglesia en nombre del pueblo cristiano, y es la adecuada para el culto divino, como culto externo, llamado á auxiliar la devoción de todos los fieles, y la que ofrece al Señor homenaje completo de todo el hombre, de alma y cuerpo.

La oración vocal es la más sencilla por que no investiga ni discurre, sino más bien expone y recita oraciones ya formuladas y conocidas: la más propia para el pueblo en general, y para las personas necesitadas de elementos sensibles que las exciten y ayuden.

Ha de pronunciarse con devoción; esto es, acompañada de recogimiento y atención del alma, informada, por consiguiente, por el espíritu de la oración mental.

La atención, según Santo Tomás, puede ser de tres modos; bien atendiendo á las palabras para no errar en ellas, bien al sentido de las mismas, bien al fin á que se endereza la oración, esto es, á Dios, y la cosa que se suplica; la cual es principalmente necesaria y la pueden emplear las personas menos doctas; y tanto á veces abunda

esta intención, por la cual el alma se eleva á Dios, que se dan al olvido todas las demás» (1).

Razonable es exigir la atención en todo ejercicio de oración y acto de culto al Señor, y bien se alcanza que, faltando esto, ha de perderse todo el fruto de la oración, cometiéndose irreverencia con nuestro buen Dios; pero no se ha de caer en el inconcebible extremo de las personas tímidas que se angustian en el momento en que involuntariamente se distraen. No hay jamás culpa que no sea voluntaria. No se pierde el mérito, ni el fruto de la oración por esas distracciones involuntarias en que desaparece la consolación de recrearse con Dios, que pudiera sentirse al tener la oración con advertencia y saboreamiento.

«La mente humana, advierte el Doctor angélico, no puede permanecer en alto por largo tiempo, á causa de la debilidad de la naturaleza, pues deprímese el alma con el peso de su flaqueza hácia las cosas inferiores..... Y, por tanto, acaece que cuando la mente del que ora asciende á Dios por medio de la contemplación, repentinamente se distraiga por cierta flaqueza... La vagueación de la mente verificada sin propósito, no pierde el fruto de la oración» (2).

«La fuerza de la primera intención, con la que se acerca á la oración, hace á toda la oración meritoria» (3).

«Y así el hombre ha de estar firme en el puesto que Dios le tiene, que es el lugar de la Oración; que aunque las aves, que son los demonios, le piquen y molesta con las imaginaciones y pensamientos importunos, y los des-

(1) Art. XIII.

(2) Ad 2 et 3, art. XIII.

(3) Art. XIII.

asosiegos que en aquella hora trae el demonio, llevando el pensamiento, y derramándole de una parte á otra, y tras el pensamiento se va el corazón; y no es poco el fruto de la oración sufrir estas molestias é importunidades con paciencia. Y esto es ofrecerse en holocausto, que es consumirse todo el sacrificio en el fuego de la tentación, sin que de allí salga cosa dél.

Porque el estar allí sin sacar nada, no es tiempo perdido, sino de mucha ganancia, porque se trabaja sin interés, y por sola la gloria de Dios: que aunque de presto le parece que trabaja en balde, no es así, sino que acontece como á los hijos, que trabajan en las haciendas de sus padres, que aunque á la noche no llevan jornal, al fin del año lo llevan todo» (1).

¿LA ORACIÓN MENTAL SERÁ EXCLUSIVA DE LAS PERSONAS ILUSTRADAS Y MUY ESPIRITUALES?—No debe ser; no hallamos motivo para extenderla á la mayor parte de los fieles. Lo que urge es presentar la oración mental como lo más hacedero y asequible; declarar la sencilla manera como toda persona de algún juicio y educación la puede practicar. Porque, en definitiva, la oración mental es pensar, reflexionar algo; y dejar correr, luego que el pensamiento y la luz de la verdad moverán sin esfuerzo el sentimiento, los afectos del alma. Esto acaecerá de ordinario, más temprano ó más tarde, más suave ó fuertemente. Pero las resoluciones, que son la sustancia de esa oración, nacen allí espontáneas; y cuando así brotan de las raíces de la persuasión, es cuando traen abundante y duradero fruto.

Medita el labrador á ratos sobre qué semilla arrojar á

(1) Santa Teresa de Jesús. Carta VIII al Ilmo. Sr. D. Alonso Velázquez, Obispo de Osma.

determinada tierra, y medita calculando en el tanto por ciento de la cosecha; medita más el comerciante y el industrial para elegir lo que más ganancia le ofrece, y sin su cuenta y meditación, es comerciante en quiebra; medita el obrero, todas las personas dedicadas al estudio... Pues si tanto se medita para el provecho material, ¿por qué ha de ser imposible la meditación para pensar algún tiempo en la manera cómo vivimos, ó en contar los beneficios recibidos de Dios? La meditación es sumamente sencilla; consiste en reflexionar un momento, en demostrar que se posee chispa de entendimiento, que somos racionales.

Ni desconozco, ni quiero ocultar las dificultades que asaltarán á los indolentes y soñolientos. Cierto que el mayor trabajo de nuestro espíritu es el de la reflexión, este acto nobilísimo de prescindir de los sentidos, reconcentrándose en sí mismo y hacerle brotar ideas y sentimientos; esfuerzo soberano propio de las almas de estudio é investigación, de las casi desprendidas de las ligaduras de la carne, cuando el hombre es una substancia completa y perfeccionada por la unión de entrambos, y la mayor parte de las gentes vive, por su rudeza, más de la vida sensitiva é inferior que no de la espiritual y superior. Por lo cual, San Francisco de Sales, considera á la oración mental como amarga penitencia. Plácele al hombre lo fácil, cómodo y deleitoso; derramar sus sentidos y potencias del alma por el bello cuadro de la naturaleza y el interesante bullir de las criaturas, dejarse llevar en brazos de los sentimientos ó de las pasiones, sin freno ni correctivo. Por esta razón también aparece en lo humano más sabrosa la meditación que acarrea una suspirada ganancia, que no la que envuelve tras de una molestia la sombra de la abnegación. Pero en esta materia no estriba el tino y el acierto más que en ofrecer á cada uno aquello que sus fuerzas

puedan soportar, el peso que les resulte liviano, juguete para sus hombros.

Desde los niños que frecuentan las escuelas, hasta los más profundos maestros de matemáticas, todos se ejercitan en el cálculo; los niños como niños, y los profesores en fórmulas de matemáticas superiores.

Una meditación honda, sin libro de ayuda, sin plática de director, con todo el aparato acostumbrado, y por espacio de una hora, no la ofreceremos jamás sino á maestros de espíritu, con doctrina y hábito bastantes para esta penosa ó, á veces, muy deleitable tarea.

Pero, ¿quién no puede leer despacio un libro piadoso, como las gallinas beben agua, levantarse á considerar su punto de lectura, y aplicárselo á sí propio, mientras le dura la inspiración? Y se puede alcanzar por este método la luz más clara de las verdades, el sentimiento más tierno del amor, la resolución más santa del bien vivir. Pensar es lo que es menester. *Desolada está la tierra, porque no hay quien reflexione en su corazón* (1).

¡Al corazón! ¡al corazón! Volved, prevaricadores, al recogimiento de vuestro corazón, enseña el Espíritu Santo (2). Lo contrario practica el demonio, hablando por los revolucionarios. Decía Mazzini, cuando los alborotos de Italia: «agitemos todos los días al pueblo, traigámosle en perpetuo torbellino, que no piense, que no reflexione, y será nuestro».

¡Bendita religión! Ella quiere al hombre juicioso, sensato, pensador, hijo del entendimiento y del corazón, hijo de la luz y de la verdad, fruto de la libertad de espíritu.

Es muy doloroso que no se extienda entre los fieles este

(1) Jerem. XII-11.

(2) Isaias XLVI-8.

sencillo método de oración mental: la lectura espiritual detenida, madurada. ¡Oh, si se hallara recibida por los cristianos!

¡Cuán profunda pena nos origina el reparar la manera cómo es fuerza se dirijan los Santos Ejercicios, dados en colectividad á personas ilustradas, personas de estudios filosóficos ó más altos, á personas también de espíritu y frecuencia de sacramentos... en que todo el trabajo y meditación parece del director!.... Esto revela la corta disposición para la meditación individual y prolongada, el escaso hábito y cultivo del más noble y santo ejercicio del cristiano.

Por esto, es tan conveniente establecer grados, proponiendo lo más óbvio y cómodo y deleitable; desde la primera educación de la juventud, enseñarle en la escuela y colegios á practicar los fáciles ensayos de lectura apropiada, hecha con algún reposo del alma, alguna aplicación y consecuencia de sus piadosas enseñanzas. Y en todas las asociaciones elegir este ejercicio como el más provechoso para las personas devotas. Y al tiempo de oír misa acostumbrarse á esta práctica, como más adecuada para el santo sacrificio y la más fecunda en sentimientos espirituales.

Santa Teresa insinúa que no es preciso para la oración más que amar. ¡Ah, qué ratos más sabrosos se nos deslizan con los amigos del alma! ¿Cuándo, en presencia de un amigo querido falta la palabra, ni el tiempo se hace largo? Los fervorosos siervos y amantes de Dios por lo general descansan y se animan en la oración, que puede soportar nuestra débil naturaleza. Lo pide y lo alcanza así la dulce amistad con Dios; al fin la oración no es sino conversación y plática con el Criador del mundo.

Hemos hablado de la oración mental, así como si fue-

ra un estudio natural y humano; y cierto, de nuestra parte, eso es, y conviene que lo pongamos por obra; pero no hemos de olvidar cuánto Dios favorece y ayuda á los que se esfuerzan por su amor, no podemos omitir que es un ejercicio lo más espiritual y sublime para el que nos debemos considerar incapaces é inútiles, reconociéndolo humildemente, como quiera que la misma oración, donde hemos de suplicar nuestra salud, comienza por ser un don de Dios (1) «y el mismo espíritu divino es el que nos enseña á pedir con gemidos inenarrables» escribe San Pablo (2). Ese Espíritu Santo dueño de las gracias y de los corazones, el cual «derrama sobre la casa de David y los hijos de Jerusalén el espíritu de la gracia y de las preces» (3), *inspira dondè quiere y como le place* (4).

De donde hemos de tomar luz y la clave, para explicar algo las maravillas de la gracia y la diversidad de dones, con que viven la vida del espíritu y de la oración los amigos de Dios. —Porque además del camino ordinario y ley que parece general, tiene el Rey del cielo sendas privilegiadas para sus siervos, á fin de campear él como Señor de la gloria, y no atarse y ceñirse exclusivamente á los discursos y reglas, á veces sentados por sus mismos santos, sino brillar con más dominio y amplitud inagotable, y fecundísima en todo linaje de virtudes. Y en esto comprendemos así á los que en la oración vocal encuentran toda la fuente de sentimientos devotos, como á los que, alzados á la dulce contemplación, no necesitan de la

(1) *Ipsum orare est quoddam domum Dei, ut August dicit in libro de Perseverantia, cap. 23.*—St. Thom. *Summa*, etc.—Art. XV.

(2) Ad Rom. VIII, 26.

(3) Zac. XII-10.

(4) Joan. III, 8.

labor fatigosa del discurso y aplicación íntima del entendimiento.

Todos los caminos extraordinarios y altas mercedes de Dios son para admirados y reverenciados por nuestra parte, pero que sería temerario é ineficaz el pretender recorrerlos, cuando él es quien introduce á sus amigos en lo escondido de su cámara y manantial de sus misericordias. Corramos nosotros por la senda trillada de la humildad y la diligencia, que hora llegará de favorecernos nuestro buen Dios con la suavidad de sus regalos, ó reservarlo todo para la patria de las soberanas recompensas.

V

Jesucristo, Maestro de la oración

Acostumbraba el Salvador, después de las fatigas del día, en el recogimiento y soledad de la noche, á retirarse con sus discípulos al monte, y allí orar con ellos al Padre Eterno, por todas las penalidades del mundo. En Jerusalén, era el huerto y monte de los olivares donde solía recogerse, y allí se le buscó la noche de su prendimiento.

Y cosa tan importante para la salvación de las almas, como lo es la oración, además de las reiteradas recomendaciones y preceptos de que las Sagradas Letras se hallan colmadas, debía merecer en su honor una solemnidad, en que se la realizara de las prácticas comunes y ordinarias, levantándola al fuero y distinción propias de su excelencia y valimiento.

Desde aquel monte, harto diverso del Sinai, á donde subió el Señor para adoctrinar á las turbas que le seguían, el monte que llamaremos de las bienaventuranzas, por haber comenzado su discurso por ellas, en medio de otras

celestiales enseñanzas, dió solemnemente lecciones acerca de la oración á sus discípulos, de cómo huirían de las vanidades de los fariseos orando para ser vistos, y de la necedad de los gentiles que colocaban el mérito de la oración en lo largo y pulido de sus alocuciones, coronaba su lección, diciendo: vosotros habéis de orar de esta manera: *Padre nuestro, que estás en los cielos....*

¿Qué nos ocurre á nosotros decir, escuchada esta oración? Lo que el catecismo, que es lo más acertado: que es la mejor oración, porque la dijo Jesucristo y además fué á petición del apostolado.

No somos nosotros los que podemos hablar, sino los eximios Doctores de la Iglesia. San Agustín exclama: Esta oración es tan perfecta, que comprende en pocas palabras cuanto se puede pedir á Dios para adquisición de los bienes y perdón de los pecados y liberación de los males.

Padre nuestro, que estás en los cielos —Con la palabra más dulce y tierna de *Padre*, nos enseña el verdadero Hijo de Dios, á invocar á su Padre, que le hace también *nuestro*, que vive en los cielos, lleno de poder, para mejor socorrernos.

Santificado sea el tu nombre.—Es lo más justa y noble y santa esta súplica; es la primera en todos los órdenes; desear la debida gloria á Dios, principio y fin de todas las cosas.

Venga á nos el tu reino.—Con que Dios reine en nosotros, tenemos ya alcanzada toda dicha; también alcanzaremos nuestro reino y patrimonio glorioso en los cielos.

Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.—Hé ahí el programa del orden y de la paz y la felicidad en la tierra; cumplir la voluntad de Dios, que es perfectísima y deseosa de nuestro bien; y esa es la manera práctica de

santificar el nombre augusto de Dios, y lograr que reine en nuestros corazones.

El pan nuestro de cada día dánosle hoy.—Pobres y necesitados nos confesamos humildemente, y pedimos el remedio más urgente del pan del alma, el pan de la doctrina y de las gracias de los sacramentos; y el pan de nuestro cuerpo, que de todo nos desheredó el pecado.

Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.—Nos reconocemos además deudores de inmensos beneficios, y de pecados incesantes, y comenzamos perdonando generosos, para hallar medio de merecer la total indulgencia.

Y no nos dejes caer en la tentación.—Pobres, deudores y perseguidos; ¿qué hemos de pedir á nuestro Padre, sino que, pues es fuerza pelear, que no caigamos en la tentación, antes nos coronemos de triunfos?

Mas libranos de mal, Amen.—Que todo sea bien, en suma; desde la gloria divina hasta la salvación de nuestra alma, exenta de deudas, adornada de virtudes y méritos, sin sombra de mal alguno.

¡Oh, boca divina de Jesús! ¡Oh, corazón generoso! ¡Oh, amor de sus hermanos!

Breve, ¡cuán compendiosa oración la del Pater Noster! Pero ¡qué llena y perfecta, qué alta y sublime! ¡No se nos caiga de los labios, de la grata memoria!... (1).

Para hablar con Dios y pedirle mercedes, tenemos de Maestro á Jesucristo; para saludar y bendecir á la Madre del Señor, que tanto nos interesa, por ser nuestra medianera, tenemos el *Ave-María*, composición angélica, y la

(1) Todos los cristianos deben saber en substancia el Padre Nuestro; y no excusan los teólogos de pecado venial el no saberle de memoria.

Salve Regina, recibida por la Iglesia Católica. Bien podemos seguir las enseñanzas de tan excelentes Maestros.

Hay más, mucho más que considerar en las lecciones del divino Maestro acerca de la oración; pues Pontífice ejemplar, que todo lo tocó con la mano de la experiencia excepto el pecado, ha querido tomar para sí todas las fatigas de la oración y alentarnos á perseverar en ella, á la vista de su magnánimo ejemplo. Nos enseñó la fórmula de orar con el Pater Noster; ¿pero qué escuela de oración práctica fué aquella del huerto de las olivas?

Había llegado con sus discípulos, según costumbre, á Getsemani; deja á la mayor parte de ellos á la entrada del huerto, y tomando á tres solos, los más queridos, les recomienda muy vigilante oración; descubre las angustias mortales de su pecho; «mi alma, les dice, siente angustias de muerte»; y cuando le fuera tan grata la compañía de sus amigos, se adelanta algunos pasos para quedarse en soledad. Derribado en tierra, caído sobre su rostro, oraba y decía: *Padre mío, si es posible, aparta de mí este cáliz.*

Hallábase Jesucristo contristado y dolorido, acometido del pavor y del tedio, con la representación viva de la sangrienta y afrentosa pasión que le aguardaba. Al río de amarguras y repugnancias que invade el corazón humano y sensible, dió él entrada libre en su pecho para tener la oración más desabrida y congojosa. ¡Qué cáliz tan amargo, bebido hasta las heces voluntariamente, para alentarnos en nuestras fatigas y pesadumbres! A punto llegó de agonizar; y entrando en agonía, oraba más y más, con afecto más intenso, con suspiros más prolongados!... Por un esfuerzo vehemente vínole un sudor como de gotas de sangre que chorreaba hasta la tierra...

En trance tan horripilante, se levantó á ayudar á sus discípulos, á exhortarlos á la oración; era el maestro ca-

riñoso que estaba revelando los secretos de nuestra salvaguardia... ¡Y de nuevo á perseverar en la congojosa plegaria!....

El Angel le recuerda su ministerio de Redentor, y que era voluntad de su Padre bebiese el cáliz de la pasión, para salvar al humano linaje... Y se levantó animoso, saliendo al encuentro de sus enemigos...

Sufrir con ánimo inquebrantable las tribulaciones de la vida, es óptimo fruto de la oración.

Pero no olvidemos jamás la escuela de Jesucristo: la plegaria del huerto de las olivas. En pocas ocasiones se descubrirá más patente aquel corazón amoroso.

¡Oh qué contraste! En momentos tan solemnes, no pudieron los Apóstoles dominar la tristeza, y ésta les llevó hasta la postración y el sueño.

Ahora que Jesucristo ha derramado su sangre por nosotros; que el Espíritu Santo ha iluminado y fortalecido las almas, hemos de acompañar más soícitos y vigilantes en su oración al Salvador del mundo.

¡Surgite, orate! Levantáos, orad! Hé ahí la palabra redentora, la palabra de salvación y de vida para los mortales.

En la oración se descubren nuestras flaquezas, los pecados en que se anega el mundo, y se obtiene remedio para ellos.

Ancora bendita, oración santa, coloquio divino, vínculo del amor celestial, no nos desampares nunca en el desahogo placentero de la prosperidad, como en la angustia de la tribulación; que nuestras almas levanten su vuelo hacia Dios, que nuestros labios bendigan su nombre, y el rocío de los cielos refrigere de continuo y vivifique nuestros corazones! Amén, amén.

Os bendecimos á todos, amadísimos diocesanos: † en el

nombre del Padre † y del Hijo † y del Espíritu Santo.
Amén.

De nuestro Palacio Episcopal de Salamanca á 23 de
Febrero de 1898.

† **FR. TOMÁS**, Obispo de Salamanca.

Por mandado de S. E. I., el Obispo mi Señor,

DR. PEDRO GARCÍA REPILA,

Maestrescuela-Secretario.

Los Sres. Párrocos y Eónomos de las iglesias de nuestra dióce-
sis leerán á sus feligreses en esta Cuaresma la parte de esta Pasto-
ral que les pareciere más conveniente, con aplicaciones oportunas.



EL PAPA Y LA DIÓCESIS SALMANTINA

Con motivo del vigésimo aniversario de la elección pontificia de Su Santidad, dirigióle nuestro Rmo. Prelado el siguiente telegrama de felicitación:

«Roma.

A SUA SANTITA:

Beatísimo Padre: Gracias, salud, triunfo le deseamos reverentes. *Obispo y diócesis de Salamanca*».

A este telegrama se ha dignado contestar el Soberano Pontífice por medio de su Emma. el Cardenal Secretario de Estado:

«MONS. VESCOVO DI SALAMANCA:

Roma, 26.

Santo Padre ringrazia auguri e preghiere, benedicendo di cuore lei, clero, fedeli.—*M. Card. Rampolla*».

«A MONS. OBISPO DE SALAMANCA:

España

Roma, 26 de Febrero.

El Santo Padre le da gracias por su felicitación y plegarias, bendiciendo de corazón á V., al clero y fieles.—*M. Card. Rampolla*».

LA FIESTA DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

El Claustro de la renombrada Escuela de Salamanca vuelve á reanudar sus gloriosas tradiciones. Los cultos extraordinarios que el día 7 del actual han de tener lugar en el grandioso templo de San Esteban en honor del doctor Angélico, simbolizan el hermoso lazo que siempre ha unido á la religión y la ciencia, y ponen de manifiesto que el Profesorado de nuestra Universidad reivindica para sí la honra de marchar al frente en el movimiento iniciado por el sapientísimo Leon XIII, y espontánea y noblemente secundado por las Universidades católicas de seguir las luminosas huellas de la doctrina de Santo Tomás y celebrar su fiesta de una manera solemne y oficial en el presente año y los sucesivos.

EL BOLETÍN ECLESIAÍSTICO se congratula al presentar respetuoso parabien al Claustro de Salamanca por el honoroso acuerdo que ha tomado, contestando á la siguiente comunicación del Prelado diocesano:

EXCMO. SEÑOR:

No habrá pasado inadvertido para V. E. el hermoso movimiento de la mayoría de las Universidades del Reino para celebrar de una manera oficial y con el mayor esplendor posible la fiesta del Doctor Angélico, declarado por el Pontífice reinante Patrono de las Universidades y los Estudios Católicos.

Ningún centro de enseñanza, por más justos títulos obligado á secundar y aun á ir al frente de dicho espontáneo movimiento, que la célebre Escuela Salmantina, á

la que dieron días de gloria Religiosos Dominicos, hermanos en hábito de Santo Tomás de Aquino.

Teniendo todo esto en cuenta el Prelado que suscribe, al ser invitado por el Claustro de la Central de Madrid á tomar parte en los honores que ha determinado consagrar en el presente año á Santo Tomás, hubo de declinar la atenta invitación, ya que contando Salamanca con una Universidad preclara y un Profesorado altamente católico, era muy puesto en razón se uniera el Obispo á ese Profesorado en la celebración de la festividad de que se trata.

Al permitirme manifestar á V. E. lo precedente, sólo intento que sirva como de base para las acertadas resoluciones que sobre el asunto estimase oportuno adoptar ese Claustro Universitario salmantino.

Dios guarde á V. E. muchos años.—Salamanca 15 de Febrero de 1893.—FR. TOMÁS, *Obispo de Salamanca*.—**Excmo. Sr. Rector de la Universidad Literaria de esta ciudad.**

—
EXCMO. É ILMO. SEÑOR:

Contestando al atento oficio de V. E. I., fecha 15 de los corrientes, excitando el celo de este Claustro Universitario para solemnizar, en lo sucesivo, con el mayor esplendor la festividad de Santo Tomás de Aquino, tengo el honor de significarle que, reunida en el día de ayer la Junta de Decanos, para satisfacer los legítimos deseos de V. E. I., acordó, por unanimidad, poner en juego los medios más eficaces, á fin de resucitar las antiguas tradiciones de la Escuela, recabando de los Reverendos Religiosos Dominicos se sirvan celebrar la fiesta en su espacioso templo con el esplendor y munificencia de antiguo y á cuyo acto concurriría este Claustro general. Fiada la

Universidad Salmantina en la paternal solicitud de su Prelado, de voto decisivo en el asunto, ha tomado el referido acuerdo por entender que así ha de honrar, por modo ostensible, la preclara memoria del Angel de las Escuelas.

Dios guarde á V. E. I. muchos años.—Salamanca 19 de Febrero de 1898.—*El Rector*, MAMÈS ESPERABÈ LOZANO.
—Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de esta diócesis.

BIBLIOGRAFÍA

Sumario de las materias que contiene la Revista *La Basilica Teresiana*, correspondiente al 15 de Febrero de 1898:

I. *El Episcopado Español y la Basilica de Santa Teresa*: del Obispo de Salamanca á las almas devotas de Teresa de Jesús.—II. *La Teología en el siglo de Santa Teresa*, Fr. A. M. de S. T.—III. *Santa Teresa en Pastrana*, Blanca de los Ríos de Lampérez.—IV. *Apuntes de etimología teresiana* (conclusión), José Banqué y Faliú.—V. *Las fiestas en Alba de Tormes* (continuación), F.—VI. *Quintillas á Santa Teresa*, Cristobalina Fernández de Alarcón.—VII. *Libro vivo*, Tomás Redondo.—VIII. *A Santa Teresa, Soneto*, Bartolomé L. de Argensola.—IX. *Crónica*. a) *Las Teresianas y su excelsa Patrona*. b) *Noticias varias*.—X. *Donativos para las obras de la Basilica de Alba*.

GRABADOS.—Efigie de Santa Teresa que se venera en el convento de MM. Carmelitas de Alba de Tormes.—Detalle de la fachada principal de la Catedral de Salamanca.—Biblioteca y Museo Teresianos de Avila.

NECROLOGÍA

El día 23 del próximo pasado Febrero falleció el Presbítero D. Jacinto Maestre, Párroco de Babilafuente, en este Obispado.

Pertenecía á la Hermandad de sufragios espirituales del clero.

Los Sres. Socios de la misma se servirán aplicar una misa y tres responsos por el alma del finado.

R. I. P.